

RECORRER ESTA DISTANCIA

Jaime Saenz.

Edición electrónica de
www.philosophia.cl / Escuela de
Filosofía Universidad ARCIS.

RECORRER ESTA DISTANCIA¹

Jaime Saenz

— A la imagen de Puraduralubia

¹ Gentileza de Intemperie Ediciones® www.intemperie.cl.

I

Estoy separado de mí por la distancia en que yo me encuentro;
el muerto está separado de la muerte por una gran distancia.

Pienso recorrer esta distancia descansando en algún lugar. De espaldas en la morada
del deseo,

sin moverme de mi sitio —frente a la puerta cerrada,
con una luz del invierno a mi lado.

En los rincones de mi cuarto, en los alrededores de la silla.

Con la indecisa memoria que se desprende del vacío
—en la superficie del tumbado,
el muerto deberá comunicarse con la muerte.

Contemplando los huesos sobre la tabla, contando las oscuridades con mis dedos a
partir de ti.

Mirando que se estén las cosas, yo deseo.

Y me encuentro recorriendo una gran distancia.

II

Como el aire nocturno la fiesta del espíritu ya es cosa acabada,
como la escalera que sobre un muro se apoya para escuchar la palabra es cosa
acabada,
como la línea que una vez dibujé y con tu sombra dejaste es cosa acabada.

Como el humo en los braseros con el incienso y con los vapores que se difunden,
echando de menos las voces,
como las luces y los espejos que ascienden hacia los cielos de invierno,
con el olvido de las costumbres y de los seres definitivamente distantes en la distancia,
así las cosas y las calaveras ya no son cosas ni calaveras,
en las ceremonias de invierno ya no se usan.

III

Al contacto del secreto que fluye, del tiempo que se detiene, del fuego que se consume, y del hielo eterno y presente,

todo ojo, toda imagen, arderá en llamas y se quemará.

Toda concavidad en el seno de la tierra, toda oscuridad que descienda, se quedará para siempre.

(Si eres brujo, riéte. Mas si no lo fueses, y te dicen que el diablo te persigue, no te rías).

Con los años que discurren y los giros de estos mundos y las luces recibidas contemplando las estrellas puedo darme cuenta de las cosas.

Toda alma se diluye en las aguas torrenciales con el alma universal.

IV

Los grandes malestares causados por las sombras, las visiones melancólicas surgidas de la noche,

todo lo horripilante, todo lo atroz, lo que no tiene nombre, lo que no tiene porqué, hay que soportarlo, quién sabe por qué.

Si no tienes qué comer sino basura, no digas nada.

Si la basura te hace mal, no digas nada.

Si te cortan los pies, si te queman las manos, si la lengua se te pudre, si te partes la espalda, si te rompes el alma, no digas nada.

Si te envenenan no digas nada, aunque se te salgan las tripas por la boca y se te paren los pelos de punta; aunque se aneguen tus ojos en sangre, no digas nada.

Si te sientes bien no te sientas bien. Si te quedas no te quedas. Si te mueres no te mueras. Si te apenas no te apenas. No digas nada.

Vivir es difícil; cosa difícil no decir nada.

Soportar a la gente sin decir nada no es nada fácil.

Es muy difícil — en cuanto pretende que se la entienda sin decir nada, entender a la gente sin decir nada.

Es terriblemente difícil y sin embargo muy fácil ser gente; pero es lo difícil no decir nada.

V

El odio que el padre que es hijo profesa al hijo que es padre, es padre del odio que el hijo que es padre profesa al padre que es hijo.

Todos conspiran contra todos y se muerden y se despedazan los unos a los otros; jamás se mueren de hambre y comen caca, coman o no coman caca, comercien o no comercien con sedas y licores y toda clase de mercaderías,

se ríen del género humano y tallan diamantes, dejan de tallar y se ponen a jugar, ya al dominó, ya a las carreras, ya a las apuestas, toda clase de juegos,

van al campo y navegan a su gusto, viajan en tren, vuelan en avión, comen bizcochos y reparten besos y saludos,

muy ufanos de sus zapatos bien lustrados, de sus cabellos cortados a la última moda, de su tez bien asoleada, y de sus carteras de cuero de cocodrilo.

Se ponen pensativos leyendo los periódicos, suspiran con moderación, tosen con suficiencia, y caen enfermos de vez en cuando, con la distinción con que las normas lo prescriben;

y hay que ver el tono que se dan cuando suben al avión.

El aire majestuoso que suelen adoptar cuando hablan de tecnología, la severidad de su lenguaje cuando hablan de moral,

la elegancia y despreocupación con que se suenan las narices, esa leve inclinación de la cabeza, esa simpatía, ese no sé qué, con que sonríen,

hay que ver ese raro don de gentes, el empuje, la drasticidad, el talento, el secreto encanto que en todos sus actos demuestran,

y la espiritualidad del gesto; esa desconcertante sutileza con que opinan sobre arte y psicología;

el criterio sabio y la versación acerca del dolor humano, y con qué congoja dan su veredicto;

hay que ver la grandeza soberana en la mirada con que suelen perdonar los errores de los miserables mortales;

la consumada técnica con que mascan y con que tragan las mil vitaminas para mantenerse rollizos y proteger la salud,

la elegancia con que acuden a consultar al psiquiatra, a tiempo de mirar el reloj y ponerse nerviosos — un poco nerviosos, no demasiado, con rictus aristocrático y nobleza en la frente;

hay que ver la gallardía con que se mueven en el mundo y la importancia que se atribuyen en la vida;

la significación trascendental en cada uno de sus ademanes, y, más aún, en cada uno de sus tics nerviosos, por más que no tengan ninguno;

hay que ver las heroicas actitudes, el timbre de ferocidad que imprimen a la voz,

la tremenda osadía en sus determinaciones cuando se mueren de susto, el temblor en el upiti cuando se hielan de espanto,

y los ayes y los íes, los oyes y los úyes, con que claman socorro, en cuanto creen ver amenazadas sus preciadas existencias por algún fantasma,

y las paradas de gallo viejo con que pretenden ocultar el terror que los domina;

hay que ver lo que todavía les espera con cierto demonio cobrando forma dentro de ti, que los reventará sin asco, gracias a tu mutismo y por obra de tu mutismo.

VI

Presiento un lóbrego día, un espacio cerrado, un suceder incomprensible, una noche interminable como la inmortalidad.

Lo que presiento no tiene nada que ver conmigo, ni contigo, no es cosa personal, no es cosa particular lo que presiento;

pero tiene que ver con no sé qué

— tal vez con el mundo, o con los reinos del mundo, o con los misteriosos encantos del mundo;

se puede mirara través de las aguas una profunda fisura.

Se puede percibir, por el olor de las cosas y por las formas que ellas asumen, el cansancio de las cosas.

En lo que crece, en lo que ha dejado de crecer, en lo que resuena, en lo que permanece, en lo que no permanece, en el aire silencioso, en las evoluciones del insecto, en los árboles que murmuran,

Se puede adivinar el júbilo de un próximo acabamiento.

Las oscuridades devoradoras, ansiosas de devorar — fenecido el término, ya nada será.

Tal vez una brizna, en lo alto de algún lugar, tal vez en lo profundo de algún lugar, flotando en las últimas aguas.

El resuello, sin principio ni fin, una envoltura para la inmovilidad,

envolviendo el movimiento del círculo que se repite

— no sé explicar, no sé decir en qué consiste el presentimiento que presiento.

VII

En el extraño sitio en que precisamente la perdición y el encuentro han ocurrido,
la hermosura de la vida es un hecho que no se puede ni se debe negar.

La hermosura de la vida,
por el milagro de vivir.
La hermosura de la vida,
que se queda,
por el milagro de morir.

Fluye la vida, pasa y vuela, se retuerce en una interioridad inalcanzable.

En el aura de los seres que transitan, que se hace perceptible con un latido,
en el viento que vibra con el ir y venir de los seres,
en los decires, en los clamores, en los gritos, en el humo
— en las calles, con una luz en las paredes, unas veces, y otras veces, con una sombra.
En ese mirar las cosas, con que suelen mirar los animales;
en ese mirar del humano, con que el humano suele mirar el mirar del animal que mira
las cosas.

En la hechura de la tela,
en el hierro que el hierro es hierro.
En la mesa,
en la casa.
En la orilla del río.
En la humedad del ambiente.

En el calor del verano, en el frío del invierno, en luz de la
primavera

— en un abrir y cerrar de ojos.

Rasgando el horizonte o sepultándose en el abismo,
aparece y desaparece la verdadera vida.

VIII

En un trasfondo hirviente y vibrante echo de menos el encanto.

En el antiguo silencio de un aire echo de menos el encanto.

En el aislado mundo del que nada fluye, como no sea el perdido encanto, lo que me remite a ti,

echo de menos la horca en que una vez me viera suspendido para mirarte con totalidad,

en todos tus movimientos y pasos

— echo de menos los años, las fechas, los días precisos que se llaman hoy,

los precisos instantes que se llaman ahora — el mañana que ha sido, el ayer que ha de ser,

echo de menos algún dolor que era tuyo, que se reunía con algún dolor que era mío,

que se adentraba en lo profundo de tus ojos

— en lo profundo de tus ojos, en que echo de menos lo profundo de tus ojos.

IX

Con tinieblas y piruetas portentosas emergen los malabaristas de la noche.
A patadas y codazos se abren paso por entre la multitud de anonadados personajes que miran deslumbrados,
sorpresivamente se sitúan en el centro del redondel y ofrecen numerosos malabares.
Se ajustan el cinturón y se revuelcan, con el tropel de caballos enanos que acaban de hacer su aparición, guiñan los ojos y no acaban de revolcarse,
y beben café y comen manzanas, hacen esto, hacen lo otro y lo de más allá,
y es esto lo que hacen, y lo otro y lo de más allá, y no otra cosa, hasta que alguien entrando en escena resuena,
y comiendo ajos el pitazo resuena,
y todos se encogen y todos se inclinan, y se recogen sobre sí mismos y se ensimisman, en medio del profundo silencio reinante, se encienden las luces, no se encienden las luces, se apagan las luces,
al conjuro de los perros brujos que irrumpen en el redondel con espectaculares volteretas,
la incertidumbre desciende y luego no desciende con los perros brujos,
que comienzan a trotar en toda la redondez del redondel con gran finura de estilo, para salvar obstáculos ya de por sí insalvables,
con gráciles contorsiones y con adecuados y parsimoniosos movimientos,
muy conscientes de la admirable admiración con que los admiradores admirados los admiran,
con miles y miles de ojos que ansiosamente se tuercen y se retuercen en las vueltas y revueltas de un aparato en verdad aparatoso,
de difícil trayectoria, intrincado de verdad pero no disparatado.

Y con el polvo que levantan, y con el aserrín que levantan, y con los caballos que levantan, y con los malabaristas que levantan, y con la basura que levantan, y con los enanos que estos perros brujos levantan,

una señora, de hermosura nunca vista se levanta, y, después de sacarse los ojos y limpiar sus anteojos, luego de lanzar un grito se desmaya,

y todo es algarabía, todo es exaltación, chocolate y alegría, en alborozados corazones, al son del regocijo general,

al ton con que estos perros brujos se levantan, en son de sacarse los ojos, en ton de limpiar sus anteojos, en son de dar un grito y desmayarse, sin ton ni son, al son de universal consternación,

al ton con que un lebel sale de quicio, en son de ponerse a ladrar, en ton de saltar, en son de ganar la pared, en ton de encaramarse en el poste sustentador de los lebreles, en son de irse con éstos,

en ton de internarse en un mundo incierto y no conocido, hostil, cubierto de abrojos y exento de margaritas,

en son de desentenderse de un hombre terrestre, tan generoso, tan dadivoso, tan cariñoso,

que los contempla con ira impotente y que profiere bufido potente,

con patéticos gestos de asombro, con miradas de poderoso magnetismo,

con cuello de toro y cuernos de diablo, con cabeza de chorlito y espaldas de ursus, con un moscardón zumbando en la calavera,

con mejillas empolvadas y manos enguantadas, que avanza con paso precipitado y desesperado,

que entra y se sienta en el centro del redondel, haciendo señas aflictivas y se pone a llorar,

provocando un movimiento circular a expensas del gentío que, en efecto, se desborda tumultuosamente para rodear al afligido,

habiendo engendrado un redondel con cien redonditos gracias a otras muchas gentes que acaban de surgir de la nada y nada menos,

por obra de las señas aflictivas que hace el afligido antes que por eso mismo,
sino que todos los disfraces y los antifaces, y los capataces, incapaces y capaces lo rodean, todos los ropajes y los maquillajes y los personajes, con los homenajes y masajes de rigor,
los mortales y los inmortales, grandes y chicos, blancos y negros, mujeres y no mujeres, hombres y no hombres lo rodean,
involucrados y no involucrados en las señas que hace, mientras que hace las que no hace pero no hace, que no deshace pero que hace, sino que hace; y es lo que hace.

X

En las profundidades del mundo existen espacios muy grandes
— un vacío presidido por el propio vacío,
que es causa y origen del terror primordial, del pensamiento y del eco.
Existen honduras inimaginables, concavidades ante cuya fascinación, ante cuyo
encantamiento,
seguramente uno se quedaría muerto.
Ruidos que seguramente uno desearía escuchar, formas y visiones que seguramente
uno desearía mirar,
cosas que seguramente uno desearía tocar, revelaciones que seguramente uno
desearía conocer,
quién sabe con qué secreto deseo, de llegar a saber quién sabe qué.

En el ánima substancial, de la sincronía y de la duración del Mundo,
que se interna en el abismo en que comenzó la creación del mundo, y que se hunde en
la médula del mundo,
se hace perceptible un olor, que podrás reconocer fácilmente, por no haber conocido
otro semejante;
el olor de verdad, el solo olor, el olor del abismo — y tendrás que conocerlo.
Pues tan solo cuando hayas llegado a conocerlo te será posible comprender cómo así
era cierto que la sabiduría consiste en la falta de aire.

En la oscuridad profunda del mundo ha de darse la sabiduría; en los reinos
herméticos del ánima;

en las vecindades del fuego y en el fuego mismo, en que el mismo fuego junto con el aire es devorado por la oscuridad.

Y es por lo que nadie tiene idea del abismo, y por lo que nadie ha conocido el abismo ni ha sentido el olor del abismo,

por lo que no se puede hablar de sabiduría entre los hombres, entre los vivos.

Mientras viva, el hombre no podrá comprender el mundo; el hombre ignora que mientras no deje de vivir no será sabio.

Tiene aprensión por todo cuanto linda con lo sabio; en cuanto no puede comprender, ya desconfía

— no comprende otra cosa que no sea el vivir.

Y yo digo que uno debería procurar estar muerto.

Cueste lo que cueste, antes que morir. Uno tendría que hacer todo lo posible por estar muerto.

Las aguas te lo dicen — el fuego, el aire y la luz, con claro lenguaje.

Estar muerto.

El amor te lo dice, el mundo y las cosas todas, estar muerto.

La oscuridad nada dice. Es todo mutismo.

Hay que pensar en los espacios cerrados. En las bóvedas que se abren debajo de los mares.

En las cavernas, en las grutas — hay que pensar en las fisuras, en los antros interminables,

en las tinieblas.

Si piensas en ti, en alma y cuerpo, serás el mundo — en su interioridad y en sus formas visibles.

Acostúmbrate a pensar en una sola cosa; todo es oscuro.

Lo verdadero, lo real, lo existente; el ser y la esencia, es uno y oscuro.

Así la oscuridad es la ley del mundo; el fuego alienta la oscuridad y se apaga — es devorado por ésta.

Yo digo: es necesario pensar en el mundo — el interior del mundo me da en qué pensar. Soy oscuro.

No me interesa pensar en el mundo más allá de él; la luz es perturbadora, al igual que el vivir — tiene carácter transitorio.

Qué tendrá que ver el vivir con la vida; una cosa es el vivir, y la vida es otra cosa.

Vida y muerte son una y misma cosa.

XI

Una distancia recorrida, una ciudad deshabitada. En una ciudad perdida,
una ciudad habitada — nunca hubo tiempo. El reflejo de la lluvia, una lluvia.

Un saludo, una seña — te saludan y se van.

Una música escuchada, un olvido — un olvido y no sé qué,

un trance de inconsciencia,

un olor,

una mirada

— qué recuerdo no se hunde, qué recuerdo no refluye.

Y eso es todo.

Nada ni nadie se queda; es uno mismo.

Todo se queda con uno, y nada se queda

— la substancia, la tierra. Lo que no se toca, lo que no se toca,

lo que no hay,

todo es y se queda.

Lo que ha sido, lo que es, lo que ha de ser, no hay tiempo — no hay nada — todo es.

No te duelas

— no te duela nada.

Nunca hubo tiempo; nunca ha sido nada; el humano todo lo
tiene

— cosa grave es la esperanza.

Decir adiós y volverse adiós,

es lo que cabe.

XII

Qué mano habrá sido tocada por esta mano.

Qué boca habrá sido besada por esta boca.

Qué ojos habrán sido mirados por estos ojos.

En medio de qué caminos, en medio de qué oscuridades, me habrán mirado estos ojos.

Dónde habrá sido encontrada esta mano por mi mano; cuándo habrá sido revelada esta mano por mi mano.

Qué día, qué hora, en qué lugar, habré encontrado este cuerpo y esta alma que amo.

En qué misterioso momento habré encontrado mi alma y mi cuerpo para amar como amo esta alma y este cuerpo que amo.

Este cuerpo, esta alma, están aquí.

Yo soy y estoy en esta alma, en este cuerpo, en esta alma que amo y en este cuerpo que amo.

Por el modo en que respiraba, en lo invisible y recóndito encontré esta alma.

En el modo de mirar y de ser de este cuerpo — en el modo de ser del ropaje, en el modo de estar y no estar, oscuro y sutil del ropaje, encontré el secreto, encontré el estar.

Con un ruido que resuena aquí, con una antigüedad muy remota,

en esta distancia,

cae la lluvia;

con un hálito de luces y de sombras, en que poco a poco se pierde este país ilusorio

— con un canto y con un palpito,

con un sueño muy profundo, duerme este ser, en los resplandores de un limbo, en los resplandores vacilantes de un limbo.

Desde muy lejanos sitios, desde muy hondos espacios,

con el soplo de júbilo en que el mundo se mece,

llega un aire

— a la hora última en que llega este aire, cargado de presentimientos.

A la hora final del encantamiento, en que el mundo se hunde en algún lugar,

más allá de la pared,

en que yace este cuerpo que amo,

en que yace esta alma que amo.

Más allá del más allá de todos los caminos,

en que trasciende el olor de este cuerpo que amo, en que
trasciende el olor de esta alma que amo.